

Con mi mano quemada,  
ahora tengo el derecho de escribir  
sobre la naturaleza del fuego  
(Notas del cuaderno de Harry el Aceitoso)

EDGARDO NIEVES MIELES  
Escritor puertorriqueño

1. Soy uno de esos sobrevivientes que juró fidelidad a los sueños apoyando la palma de la mano sobre la cubierta de un viejo ejemplar de *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury.
2. Me dedico a observar, estudiar y convivir con el reverso de las cosas. A pelear esta despiadada guerra santa contra los lugares comunes.
3. El escritor narra partiendo de su propia experiencia. En cierto modo, todas las narraciones son autobiográficas, pero al pasar por el filtro del lenguaje, las experiencias sufren un cambio y adquieren un carácter independiente, autónomo, soberano. La habilidad del escritor estriba en recrear, disfrazar lo que hay de personal en lo que escribe sobre lo que le ocurre a él, lo que percibe o lo que imagina.
4. El primer párrafo de una narración es como una vitrina: tiene que invitar al lector a entrar. Es como si se agarrara al lector de la mano y se le inspirara tal confianza a cruzar el umbral y que éste no quiera ya soltar esa mano hasta llegar a la puerta de salida del maravilloso recinto.
5. Aunque todos sabemos que el arte suple la necesidad fundamental de comunicar y conmover al generar belleza, si lo miramos de un modo práctico, probablemente nos parecerá inútil. (Alguien aseveró que, además de ser lo menos práctico, es lo “más hermosamente inútil de la vida”.) Pero, en general, todas las artes son una especie de indagación de la realidad. Se convierten en alimento de la imaginación. La creación es el más exquisito de los delirios; es una forma autónoma de conocimiento que nos sirve de

lámpara para iluminar el lado oscuro de nuestra naturaleza humana. Un lujo para el cerebro, el alma y los sentidos. En fin, la *poesía* es el oído del alma.

6. No creo en la inspiración, sino en la transpiración. Con el debido respeto de los señores albañiles, existe gente que cree que escribir es como colocar ladrillos uno junto al otro. No, no basta ser inteligente y sensible, sino tener algo que decir y encontrar el modo ideal cómo decirlo. Para el inmenso público, la creación continúa siendo una suma de equívocos y malentendidos que el mismo sistema se encarga de perpetuar desde nuestra educación primaria. No se concibe la poesía si ésta no rinde sus armas ante las ambrosías de la rima y ni hablar de la mal llamada inspiración. (Sí, porque tal parece que para todo 'hay que inspirarse o estar inspirado'.) Al aseverar que se está inspirado o poseído por alguna beatífica 'musa', se subestima la transpiración de la disciplina y se reduce todo a un fácil y sencillo proceso de potenciar, pasivamente, que de nuestro humilde ser aflore la savia de alguna misteriosa entidad sobrenatural. A mi parecer, el matiz que se le acostumbra adjudicar al asunto de las musas es una perfecta mojigatería que venimos recalentando desde el Romanticismo. Yo mismo he hecho el experimento de dejar puertas y ventanas abiertas para luego sentarme a esperar durante horas la visita de alguna musa generosa y aún sigo esperando. (Y si reclamo la presencia de alguna de estas seductoras creaturas, nunca responden: de seguro no pagan la cuenta de sus celulares o los tienen desconectados.) El único recurso que conozco es el trabajo. Punto.
7. Así como la pintura y la música, la creación literaria tiene leyes de perspectiva, de luz y de sombra. De igual modo que uno se capacita para dibujar todos los huesos del esqueleto o para convertirse en médico, así mismo el aprendiz de artista debe emplear todos los recursos a su alcance para lograr perfecto dominio de la técnica. (Nuestro Roberto Alomar no se convirtió en el mejor segunda base en el mejor béisbol del mundo jugando PlayStation o viendo ESPN. Él se mondó las nalgas en el parque de pelota.) Sólo después de asumir las rígidas disciplinas de lo que es la buena literatura, el aprendiz logrará mantener dominio estilístico y emocional de la

materia prima. Para ello, debe embarcarse en una especie de viaje a Ítaca en busca de los instrumentos necesarios con los cuales luego poder armar el equilibrado ensamblaje de su voz. Así que no debe extrañar que coincida con Truman Capote cuando asevera que “la diferencia entre escribir bien y el arte verdadero es sutil, pero brutal”. Además, quien no tiene nada que decir, siempre encontrará una enjundiosa coartada para justificar su mediocridad.

8. Si quisiera salir del paso con gracia y chispa, respondería que escribo porque no sé pintar poemas de forma y color como Remedios Varo, Van Gogh, Chagall o Renoir (o como mis amigos Stanley Coll, Cecilio Colón o Rafael Trelles) ni golpear las blancas y negras como Eddie Palmieri. Si quisiera devolver la bola a su cancha con el más raudo disparo, echaría mano del santoral de sabiduría popular china y repetiría: “El pájaro no canta porque tenga una respuesta; canta porque tiene una canción”. Entonces, yo escribo por lo mismo que Ud. fuma: porque es mi vicio, mi dulce e incurable pasión. Escribo porque en la juguetería no me permiten officiar de arúspice y abrir los juguetes para ver las maravillas que guardan en su interior. Por puro goce y por conciencia; para plantarme ante el universo y ser fiel testigo de mi tiempo; para escuchar y comprender a ese otro yo que a solas siempre conmigo cabalga. Para denunciar lo que duele y defender el pan y la alegría. Para respirar mi trozo de libertad. Para devolverle la magia al mundo y salvar mi alma.
9. Un tipo con el cual no simpatizo, más que todo por razones políticas, pero al que le reconozco sus quilates como fabulador, asegura que “escribir es una manera genial de divertirse”. En primera y última instancia, coincido con el Sr. Dientes de Conejo: escribo por pura diversión. Para reírme de mí mismo e iluminar el lado oscuro de mi corazón.
10. “Cuando un escritor tiene un público, es hora de que comience a escribir para él”: he aquí una muestra de genial ambigüedad cortesía de Guillermo Cabrera Infante. Alguna vez vi un documental acerca del nacimiento de la empresa Marvel, matriz de películas con maravillosos despliegues de trucos especiales. En el mismo, entre otras interesantísimas cosas, le escuché comentar a Stan Lee

(creador de la mayoría de mis superhéroes de infancia favoritos) “I never wrotes for kids, I wrote for me”. Esa confesión de uno de mis más admirados padres putativos me hizo muy feliz. Además, tengo muy presente el precepto de Quiroga: “Cuenta como si tu relato no tuviera interés más que para el pequeño ambiente de tus personajes, de los que pudiste haber sido uno”. Una vez concluido el proceso de devanarme los sesos con un sacacorchos y el fruto transformado ya en texto, lo ofrezco como ofrenda de amor a quien así lo quiera.

11. Mi postura podría parecer elitista. También lo son la salsa en Kyoto o Estocolmo y recitar francesudamente “Le bateau ivre” de aquel malcriado y piojoso geniecillo en una colación de grados en Villa Palmeras. A decir verdad, no me molesta en lo más mínimo ser así visto. Si las artes, en general, sólo son apreciadas y disfrutadas por una ínfima minoría, pues que se les consideren elitistas.
12. Educar a la gente para que aprenda a disfrutar de las artes e inculcarles el valor de éstas, en lugar de estar todo el día metida en esas jaulas de oropel (centros comerciales) y/o enchufados a la idiotizante caja de los milagros (la tele) que nos moldean el gusto y los sueños y que nos venden la necesidad de comprar y consumir, consumir y comprar, es tarea de los gobiernos y de la sociedad, no de los creadores y/o artistas. Mahler decía que el público de su música le aguardaba en el futuro. ¿Por qué habríamos de exigirles (sólo por mencionar algunos iconos populares) a Joaquín Sabina, a Rubén Blades o a Juan Luis Guerra que compongan y canten canciones con la riqueza artística que podríamos encontrar en Elvis Crespo, Pitbull o Luis Fonsi? Por tanto, a mí me resbala por la pendiente más enjabonada de la indiferencia que se me etiqueta de elitista.
13. Lo que más aprecio en el lector es su complicidad. Las palabras de Julio Cortázar, mi cuentista favorito, ilustran cabalmente este sentir: “Detesto al lector que ha pagado por su libro, al espectador que ha comprado su butaca, y que a partir de allí ‘aprovecha’ el blando almohadón del goce hedónico o la admiración por el genio. ¿Qué le importaba a Van Gogh tu admiración? Lo que él quería era tu complicidad, que trataras de mirar como él estaba mirando con los

- ojos desollados por un fuego heracliteano”.
14. Más allá de hacer cumplir aquel hermoso deseo de Katherine Mansfield, quien rogaba a Dios le concediera la limpia transparencia del cristal necesaria para que la luz de Él brillara en la obra de ella, aspiro a esa límpida claridad para tal vez así merecer que el lector se despoje de tediosos prejuicios y cuelgue su candidez en el guardarropa antes de zambullirse en el placentero espejo de tinta. Que me acompañe a saltar los alambres de púas con los cuales aún pretenden aislar rígidamente los géneros que componen ese mundo ancho y ajeno llamado Literatura. Que se anime y saboree la dicha de dejarse arrastrar blandamente hacia abajo por las cálidas aguas de la poesía o el relato. Que permita que el deseo lo imante con su escándalo de miel.
  15. Creo que lo leído es tan nuestro como lo vivido. (“Los buenos escritores roban, los malos piden prestado”, T. S. Eliot dixit.) Por lo tanto, no resulta gratuito que el punto de partida de algunos de mis escritos sea otro texto ajeno. Los científicos literarios llaman intertextualidad a este recurso. No entiendo por qué semejante recurso mueve a tanto escándalo en las letras (y a ceño fruncido endulzado de sospechas) cuando la música y el cine están salpicados con grageas de reconocible y variopinta riqueza. A modo de homenaje unas veces; otras, como diálogo. Recorro constantemente al uso de ésta, al de los guiños literarios, a colocar trampas y dejar pistas aquí, allá y acullá. Pienso que con ello motivo al lector avezado a que me siga y, de este modo, el paseo resultará más divertido. (No puedo dejar de recordar ese bellissimo canto al hambre de conocimiento bordado por las sabias neuronas de Constantino Cavafis: “Cuando emprendas el viaje rumbo a Ítaca / ruega que sea muy largo tu camino / y abunde en aventuras y experiencias...”)
  16. Me gusta mezclar la poesía con la crudeza, el humor y lo absurdo. La ambigüedad es también un muy valioso recurso. También acostumbro practicar la autofagia. Es decir, reutilizar y reciclar trozos de mis textos para elaborar otros. (En buen portorro, auto-cannibalismo.) Constantemente mis relatos se nutren de mi poesía y viceversa.

17. El elemento lúdico es persistente en mis narraciones. Siempre me ha agradado el reto de extraer —desterritorializar, para complacer a los posmo— de su natural entorno a personajes míticos o canonizados. Torcerles el rumbo a las vidas de esas figuras emblemáticas políticamente correctas; desacralizar a los personajes ubicándolos en el contexto histórico social presente para transformarlos en seres comunes y corrientes. Los despojo de su origen literario y cultural, los redefino para incorporarlos a una cotidianidad contemporánea nada grandilocuente.
18. Lo que hago proviene de la evolución de la literatura en los últimos 3 mil años... del espacio sideral... de la Emulsión de Scott y las pastillas de aceite de bacalao... de mi cerebro, bilis y vísceras.
19. En cierta ocasión alguien le preguntó a Borges que pensaba del arte comprometido y de los escritores comprometidos y él, haciendo alarde de su bien ganada fama de sentencioso, respondió que pensaba que, con tal de honrar sus compromisos, los escritores comprometidos deberían casarse. André Maurois propuso una idea que me simpatiza mucho: “La función del escritor reside en construir un edificio y la del lector en ocuparlo”. (Lo cual no es lo mismo pero es igual: el protagonista de un relato es el lector.) Más tarde, García Márquez también contestó a esa pregunta y lo hizo estupendamente: la gran obligación del escritor es escribir bien. Yo creo que, como la literatura pretende ser un vivo reflejo de la realidad y como ésta no tiene límites, la literatura tampoco debe tenerlos. La misión del poeta (en un sentido más amplio, el artista creador) no es cambiar la realidad (el concepto realidad es tan resbaloso como una anguila), sino ayudarnos a conocerla mejor. El poeta procurará que su obra sea siempre un estanque de frescas y límpidas aguas donde el pueblo descubra los contornos de su irrepetible rostro. Para ello, contará con lenguaje y pensamiento como instrumentos de trabajo y con las virtudes y vicios del alma como materia prima. Así que, además de cantar y contar bien, debemos ser leales testigos de nuestro tiempo. De manera que él tendrá una obligación consigo mismo: dar lo mejor de sí en cada renglón que escribe.
20. Y, como ya convenimos, el deber de un escritor es escribir bien:

crear personajes de carne y hueso inmersos en circunstancias vivenciales que resulten verosímiles, bien sea al estilo de Rosario Ferré, al de Andrei Kurkov, al de Carson McCullers, al de Pepe Liboy, al de Sam Shepard, al de Juan Antonio Ramos, al de Rosa Montero, al de JJ Arreola, al de Francisco Font, al de Mario Levrero, al de J. M. Coetzee o al de Rubem Fonseca. Ésa es y será su única obligación.

21. En una brillante entrevista, Will Faulkner señala cuán importantes son para un escritor, además del talento, la disciplina y la soledad. (Simón dice que la hermana gemela de Soledad se llama Sabiduría). No pocos piensan que para escribir sólo hacen falta inteligencia y sensibilidad. Esos ingredientes no bastan para confeccionar el maravilloso mejunje. De hecho, este dúo debe estar en el interior de la licuadora antes del sabroso bbbzzzzzz. Para escribir bien (desde una perspectiva estética) es necesario el junte de otros elementos. Con 6 de ellos se nace. Los otros 4, debemos conseguirlos a lo largo del camino. En primer término, son necesarios inteligencia, sensibilidad, talento e imaginación (esa pareja insoportable). Imaginación a la enésima potencia, hambre de conocimiento y, por supuesto, un par de generosas y acojinadas nalgas. Éstos nos podrían llevar a adquirir los otros ingredientes adicionales con los cuales no nacemos. Así que, debemos ocuparnos en conseguir, a como dé lugar, tiempo (ocio y turismo) y espacio (comodidades, al menos las estrictamente necesarias; la mesa servida) para ejercerlos en la búsqueda afanosa de la disciplina que nos permita ejercitar esa hambre de conocimiento (insaciable cual hoyo negro) para alcanzar el último componente de la receta: una cultura interdisciplinaria inmensa, avasallante. Sólo la conjunción de todos los anteriores elementos conducirá a adquirir y desarrollar las artes de escribir bien. Y, a fin de cuentas, muy a menudo ocurre lo peor: no empece a que el aspirante a escritor logre aglutinar todos los elementos del magnífico brebaje, resulta que no tiene nada que decir ni tampoco es capaz de hacerlo de un modo particularmente creativo. Aún cuando le huya siempre a los lugares comunes, al sentimentalismo y a la cursilería más ramplones y almibarados, pues la mejor literatura no sólo se hace con lágrimas y mocos.

Tampoco con ideas. La mejor literatura se hace con las palabras justas y estrictamente necesarias. (En cierta ocasión le preguntaron a Stephen King cómo escribía. Él respondió con un simple pero ilustrador: “Una palabra a la vez”.) De todos estos ingredientes, el de mayor importancia es la imaginación. En segundo lugar convendría quizá colocar el apetito voraz por saberlo todo. (Einstein destaca la importancia de la misma al señalar que “La imaginación es más importante que el conocimiento”. También que “la creatividad es la inteligencia divirtiéndose”. Y al senador Robert Kennedy se le ocurrió esta hermosura: “Algunos ven las cosas como son y dicen ¿por qué?; yo sueño cosas que nunca fueron y digo, ¿por qué no?”) Sin ella un escritor está perdido. Sería igual a un poderoso Jaguar último modelo en medio del desierto de Atacama... con el tanque vacío. No importa la pericia q tengas, sin gasolina no irás a ninguna parte. Es decir, que sin imaginación no nos sirve de mucho todo lo demás. (Mucho antes, William Blake había señalado que “sólo una cosa hace al poeta: la imaginación”.) Fíjese si es importante este ingrediente para la confección de un bizcocho con sabor y consistencia, que un cercano colega proclama: “No me importa la verdad si me divierte la mentira”. (En este punto, me apropio de la descaradamente sincera confesión de Cocteau: “Yo soy un mentiroso que siempre dice la verdad”.) Así que no debe extrañarle a nadie que me una a Breton para proclamar: “Querida imaginación, lo que me gusta sobre todo de ti es que no perdonas”.

22. En una mítica entrevista el siempre económico y certero Hemingway subrayó mediante una metáfora gráfica la importancia de un elemento vital para el arte de escribir: el eficaz don de discernimiento. El mismo que a menudo sólo se consigue ejercitando hasta la náusea disciplina, experiencia y rigor: tener un “extractor de mierda a prueba de golpes”. Y es que en esto de escribir es necesario tener la suficiente pasión sin apasionamientos para distinguir cuál de nuestros hijos es una joya y cuál una jaula de pollos. Y, obviamente, obrar con idéntica sangre fría que los espartanos, quienes arrojaban al barranco a los recién nacidos con defectos físicos pues esto los incapacitaba para el arte de la guerra.



23. El humor y la ironía mezclados con el vinagre del sarcasmo es la forma mejor que tiene la inteligencia de lamerse las heridas.
24. Nunca he sido afecto ni a pedir ni a dar consejos. (Mejor me salgo a la Plaza del Mercado en busca de unas hojitas de laurel y de mejorana.) Pero en última instancia, para todo aquel que conserve aún la certeza de que tendrá el valor de subirse al bote y amarrarse al mástil para escuchar el sublime canto de las sirenas avisándole que es uno de los Elegidos: jamás sacrifiques tu sinceridad literaria. No te doblegues ante los oropeles del poder y/o la política. No sucumbas a los encantos de esa frívola damisela llamada Fama aunque prometa bañarte con su finísimo y dulce polvo de diamante. Sé fiel a tu voz, a tu particular manera de ver y expresar lo que sientes. Escribe siempre para ese otro yo, silencioso e implacable, que llevamos dentro y a quien no es posible engatusar. Eso me propongo cada vez que me enfundo en la camisa de fiebre y ocupo mi lugar y del otro lado de la mesa me encuentro a Edgardo Nieves-Mieles en persona esperando justo por mi próximo y delicioso avioncito de papel y así sucesivamente hasta que al manco de Lepanto le nazca otra vez la maravilla de sus dedos. Todo ello sin prestarle atención al escándalo de los sapos que, intentando alzar vuelo, no dejan de saltar a mi alrededor. Tampoco a la alharaca de los loros y los monos siempre atentos a los guiños mediáticos.
25. Y si puedes también hacer tuyas las palabras de Paul Gauguin, hazlo, no te arrepentirás: “Cuando tu mano derecha sea hábil, pinta con la izquierda, cuando la izquierda llegue a ser hábil, pinta con los pies”.

***izquierdos.reservados.edgardo.nieves.mieles***

*Mayo 2015*